

LA REVOLUCIÓN,
segunda parte de la trilogía
El pueblo en la guerra
Sofia Fedórchenko

i. Opiniones sobre el zar y Rasputin

Pedro fue un zar cruel,
Alto de estatura, fiero de talante,
Por todo el mundo vagó,
Vodka bebió,
Como un payaso vivió,
Nadie le mandaba
y él ante nadie se inclinaba.
Término medio no conocía,
A campesinos por fuerza reunía
De todos los lados:
De bosques poblados,
De grandes nieves,
De negros campos
Y de libres estepas.
A campesinos hacinó,
Su vida truncó:
Tomad, gentío, hachas y palas,
Quedad inmersos en ciénagas malas.
Tocones arracad,
Penurias pasad,
Vuestros hombros cansados
Recibirán azotes despiadados
Sin atender a suspiros o gemidos huecos
Hasta que todos los pantanos estén secos.
Los primeros forraron el fondo con sus huesos,
Menos profundos se hicieron pantanos gruesos,
Otros se desplomaron a su lado sin ruido,
Y así pasaba muchos días seguidos.
Empedró Pedro el pantano con los huesos,
Ordenó montar tablados sobre esos,
Sobre los tablados ordenó levantar una ciudad,
Y ponerle su nombre de edad en edad.

Así se elevó la ciudad de Pedro¹
Para el mayor llanto del pueblo.
Y allí la vida fue de sufrimiento,
De enfermedades continuo tormento,
Por cada respiro de dos,
Estornudos y tos,
Lloran ojos,
Se apenan almas,
El sol queda oscurecido por nubes,
La alegría, por miedos.
Y en los años nuevos,
Con las fuerzas jóvenes, esto se acabó.
En estos años
La gente llana llegó,
Mas no por orden del zar,
Sino por su propia voluntad.
Vino para vengarse del zar,
No para pantanos empedrar.
Le darán al zar su merecido,
La ciudad verá su nuevo sino,
Y con esto se acabará el cuento.

Cuentan que, al parecer, el zar lloró cuando lo despedían.
«¿Y ahora qué voy a hacer? —decía—. Si no me han enseñado nada más que a ser zar».

1. El zar Pedro I es probablemente el más famoso de los zares rusos, una figura carismática y odiosa por haber trastornado toda la vida del país para imponerle los usos de Europa occidental.

Fundó San Petersburgo en 1703 para proteger la frontera con Suecia y la vía marítima a Alemania y Holanda. La ciudad fue construida sobre un terreno pantanoso de la cuenca del Neva con las manos de siervos de gleba traídos de todas las regiones del país. Muchos de ellos murieron a causa del trabajo pesado y de las adversidades climáticas. El clima húmedo y frío de San Petersburgo se consideró causa de muchas enfermedades y trastornos mentales a lo largo de los siglos posteriores. En 1914, con el comienzo de la Primera Guerra Mundial, la ciudad pasó a llamarse Petrogrado para quitar la raíz alemana («burg») del nombre de la capital rusa. A partir de 1924, se llamó Leningrado y sólo recuperó su nombre inicial en 1991. [Todas las notas son de la traductora]

No podemos dejar que el zar se vaya al extranjero, demasiados suegros y consuegros tiene allí. Les va a llorar hasta que le den ayuda y nos tocará hacer otra guerra. Y para eso no tenemos tiempo.

Fíjate lo delicada que es la zarina, pero empezó a soltar palabrotas como una maruja. Mas un diputado le hizo ¡chist! y recogió sus bártulos.

Sus niños están malcriados, no saben ni quitarse los mocos solitos; ahora las pasarán canutas.

Se ve que no es tiempo de zares. Todos están dale que te pego con que no, que no lo necesitamos, y mira: ya no hay zar.

Vivían detrás de murallas, en salones preciosos, mostraban al zar a la gente (exigiendo que lo veneraran) como si fuera un icono. Y no le veías ni una motita encima, estaba todo perfecto. Y ahora la guerra nos lo puso delante de las narices: venga, campesinos, mirad a este espantajo para gorriones que agita mangas con cualquier soplo del viento. ¿Y para qué queremos uno así?

El año que se guerreaba
La gloria del zar aumentaba,
Pero tanto laurel
Debilitó a campesinos en tropel.

Han echado al zar... ¡Ja!, si Dios lo ha permitido, ¿para qué vamos a protestar nosotros, que somos obedientes...?

Han quitado al zar, ojalá quiten también al pope. Como una misma raíz nos chupaban la savia. No soy bravo y antes ni siquiera sabía pensar así. Y ahora nos han ordenado pensar, cada uno decide por su cuenta y este pensamiento ya tampoco asusta.

Las ancianas, a llorar:
Quitán a nuestro zar.
Ríen jóvenes vecinas:
Ahora todas son zarinas.

A Dios gracias hay que dar:
Quitán a nuestro zar.
Espera, Omnipotente,
Puedes ser el siguiente.
Ay, la que se ha armado,
Al viejo zar hemos destronado,
Ay, la rueda rueda y rueda,
Los reyes tiemblan de miedo.

En el regio salón
Un cuervo en vez del halcón.
Como un cuervo no es de fiar,
Vamos a quitar al zar.

¿Y dónde están ahora todos los que protegían al zar, hermanos? Antes, si el zar iba a algún sitio, por toda Rusia se alineaban tocones con medallas. Pero sin la raíz, no hay tocón que pueda servir de apoyo.

Un perro flaco y roñoso
Entró en nuestro patio espacioso.
Decía palabras,
Palabras mentirosas.

Repetía palabras
Huecas, improbables,
Como que sin el zar seríamos
Unos huérfanos miserables.

Nos confunden, el enemigo no duerme: fíjate, ahora hay quien compadece al zar. Como que él quería hacer el bien pero otros no le dejaban. Anda ya, menudo bebecito. Cualquiera no le deja... Calcula que ha estado viviendo a costa del pueblo unos cuarenta años, así que ya ni recuerda lo que

es valerse por sí mismo. Nada, si le dan tiempo, ya aprenderá.

Y dice: el zar es un roble grande con muchas ramas. Las ramas son los ministros, los príncipes que gobiernan y todos los demás. Si derribas el roble, se romperán las ramas, toda esa gente importante y necesaria. Y el otro contesta: pues hay que arrancar ese roble de raíz, que no quede ni una sola bellota. Ha extendido sus raíces por toda la tierra, nos chupaba la última savia. Y nos quitaba el sol con sus ramas. No necesitamos este roble y sus ramas mortíferas. Ya cultivaremos algo nuestro.

Cuando los palacios del zar
Se derrumbaron,
Por todo el mundo truenos
Retumbaron.

Del zar pena no tenemos,
Ni de su gente,
La pena es perder tiempo
Aquí, en el frente.

Me gustaría saber cómo se despiden del zar en nuestra aldea. La aldea es una cosa curiosa. Donde haya pared, está el zar con sus órdenes y medallas. Pero creo que incluso allí ya habrá llegado el discernimiento.

En los cuentos todo pintaba bien, y en realidad, cuando lo hablamos a veces, veíamos que el zar nos salía demasiado caro.

Nicolás segundo²

2. Nicolás II de Rusia (San Petersburgo, 1868 - Yekaterimburgo, 1918), apodado Nicolás el Sanguinario, fue el último zar de Rusia. Gobernó Rusia desde la muerte de su padre, Alejandro III, el 20 de octubre de

Era un coloso del mundo,
Pero Kerenski,³ diputado,
Fuera de Píter lo ha ordenado.

Antes a Dios rezábamos,
En el zar esperábamos.
Con ellos rompemos,
A casa volvemos.

Allá arriba todo son almas derrochadoras. Si no hay dinero, no te puedes permitir tenerlas. Así es que poco a poco lo han robado y dilapidado todo.

Decían que al zar le gustaba bailar. Pero él mismo no lo hacía, sino que obligaba a bailar polcas a Rasputin con una famosa bailarina, y ha despilfarrado su tesoro con estos dos.

Una artista polaca vivía con el zar amancebada. Por ella el zar ordenó que mataran a Rasputin, le tuvo celos. Y luego se fue, como si la cosa no tuviera nada que ver con él.

Debajo de un alto abeto
Le haré al zar un cuartucho discreto.
Que se salve con perdices,
No nos toque las narices.

Un gran garullo desgarbado
A cuarenta chicas ha pateado.
Nicolái Nikolaich nuestro
Quiere el trono, chico diestro.

1894, hasta su abdicación el 2 de marzo de 1917, cuando renunció en su nombre y en nombre de su hijo heredero al trono y este pasó a su hermano, el gran duque Miguel.

3. Aleksandr Fiódorovich Kerenski (Simbirsk, 1881 - Nueva York, 1970) fue un dirigente revolucionario ruso con un papel fundamental en el derrocamiento del régimen zarista en Rusia y primer ministro del Gobierno provisional instaurado tras la Revolución de Febrero. Finalmente; no pudo evitar la Revolución de Octubre, en la que los bolcheviques tomaron el poder.

Griterío, vocerío,
Que el trono está vacío.
A la guerra fin pondré
Y al trono subiré.

¡Que vas a subir al trono!,
Aquí somos muchos monos.
El palacio guardaremos,
Un corral allí haremos.

Creo que ahora todos los zares caerán como hojas secas. Ni siquiera se necesita una tormenta si ha llegado su invierno. Menudo plazo: trescientos años. Ya han chupado lo suyo. No es cosa de nadie. Han reventado del empacho que llevaban.

Éranse una vez un zar y su zarina. Tenían de todo para hartarse a más no poder. Se aburrieron de tantos lujos y bagatelas. Dicen: «Que nos traigan al palacio real a un campesino de chicha y nabo para que nos hable con palabras toscas, pues ya estamos agobiados de tanto príncipe y conde». Así que vino Gríshechka⁴ y deleitó tanto sus regias entrañas que todo ya les parecía poco para ese Gríshechka: «Cágate, Gríshechka, encima de nuestras cabezas reales». Entonces a los condes y los príncipes les dio dentera, engatusaron a Gríshechka y lo mataron. Y hubo un milagro: el zar se derrumbó del trono.

La vida de aquel Grishka Raspa licencioso:
Malgastó una vida larga,
Perdió el norte en el asceterio,
En la capital se encaramó al trono del zar.
No era grande, ni guapo, ni listo,
Pero tenía mucha mano con la zarina,
Y tenía mucha labia con el zar,

4. Rasputin.

Sabía calumniar y desplazar a cualquiera.
Acumuló pilas de dinero, de oro,
Montañas de gemas, de diamantes,
Montones de mozas, de mujeres.
Vivió, bebió, más que un perro fornicó.
Su vida y fornicación lo llevaron al último extremo,
Le sobrevino una muerte singular:
Encontró su muerte el perro en un palacio de príncipe.
Aplastaron al perro en un porche alto,
Por malear a mozas,
Por los sufrimientos que había causado,
Por el país, por haber a Rusia injuriado.
Y bajaron al perro al río Neva,
Le pusieron un abrigo de castor,
Un abrigo de príncipe por mortaja mortal.⁵
Y en el otro mundo, no de cualquier manera,
Lo recibió Belcebú, el príncipe abominable,
Con todo su ejército, con sus turbas de demonios.

Cuando mataron a Rasputin, muchos de los jefazos empezaron a mostrarse más benevolentes con nosotros. Dicen que eran muchos los que habían comido de la mano de aquel

5. Grigori Rasputin (a pesar de que en español se arraigó la pronunciación aguda, a la francesa, en ruso su apellido es una palabra llana) nació en 1869 en una aldea de Siberia. En su juventud, peregrinó por muchos lugares santos y se ganó la fama de ser un «hombre de Dios». Se dice que pudo ayudar a controlar la hemofilia del príncipe Alekséi y llegó a ser un amigo íntimo de la familia del zar Nicolás II. Su papel en la historia sigue siendo objeto de controversias. Lo que está claro es que la propaganda revolucionaria y alemana se aprovechó de las extrañas circunstancias que le rodearon para difundir la imagen de Rasputin que refleja también esta poesía: un advenedizo de comportamiento censurable que se aprovechaba de la confianza del zar y la zarina para sus intereses. Finalmente, murió a manos de unos nobles rusos —y posiblemente de un agente británico—, en el palacio de la familia Yusúpov, pero la muerte de Rasputin también está rodeada de leyendas. Se dice que lo envenenaron, le dispararon varias veces y finalmente lo echaron al río Neva, debajo del hielo. Cuando pudieron sacar el cadáver, llevaba un abrigo de piel, detalle que aparece en la poesía.

Grishka, así que después de quedarse huérfanos se acobardaron un poco.

La gente veía a ese Rasputin de muchas maneras. Algunos incluso lo tenían por un santo. Contaban que era el único que decía la verdad a los zares y que por eso los nobles lo habían matado.

Comentaban que fue el pueblo quien había enviado a Rasputin para que le dijera al zar toda la verdad. No es la gente humilde quien lo ha despachado.

Primero —dicen— servía bien a la gente, pero luego lo sedujeron los señores, lo compraron con oro y se le abrió apetito de mujeres. Así fue como vendió a la gente, aunque era uno de nosotros, un hombre del montón.

Se ve que ha sido el sino de los zares el de caerse del trono por un malandrín de tres al cuarto.

Ay, Rasputin Gregorio
Es un pillo notorio,
No quiso pasar en cenobios sus años,
Fue con el zar a los baños.

Grishka los baños caldeó
Y en el río Moika acabó.
El zar en el baño se sofocó,
Sus asuntos descuidó
Y disparado del trono salió.